

EL
BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIANA.—

AÑO IV.

Lérida, Agosto de 1878.

NÚM. VIII.

ESTUDIO CRÍTICO FILOSÓFICO DEL MATERIALISMO.

(Continuacion.)

Hasta aquí, señores, me he ceñido á sentar, enfrente de la escuela materialista, que la existencia del alma, en vez de chocar con la razon y el buen sentido, marcha á su lado en perfecta conformidad, sin obstáculos ni violencias; que concebimos el alma con entera independencia de los órganos y ejerciendo sus funciones por sí misma, emancipada de su envoltura material; y por último, que su actividad y desarrollo en armonía con la perfeccion y desarrollo de los órganos son el resultado lógico de su naturaleza y de sus relaciones con el cuerpo. Porque los materialistas no se contraen á negar el espíritu, sino que niegan hasta la posibilidad de que exista; no solo no conciben el alma fuera de la materia, sino que creen absurda semejante concepcion. ¿Es, pues, posible ó concebible el espíritu? Hemos contestado afirmativamente. Existe? Continuemos la anatomía filosófica de las teorías materialistas.

En sentir de unos, el alma es un órgano esencial, en el cual se reflejan como en un espejo las sensaciones y se producen los fenómenos de la inteligencia y de la voluntad: otros, creyendo así orillar las contradicciones que resultan

de atribuir á la materia la facultad de pensar, suponen que la inteligencia es el producto del encadenamiento ó concurso de varias fuerzas, exclusivamente físicas, emanadas de la sustancia cerebral. Los materialistas modernos se inclinan con preferencia á esta segunda hipótesis, entre ellos Luis Büchner en su libro «Fuerza y Materia,» que viene á ser como el oráculo, la fuente, el evangelio de la juventud atea. En uno y otro supuesto la actividad anímica no es mas que un fenómeno fisiológico, y concluye y queda anonadada con la muerte de los órganos.

Para establecer como sujeto de las facultades que llamamos espirituales el cerebro ú otro órgano cualquiera, se necesita, señores, en mi concepto, todo el fanatismo materialista, toda la fé en los milagros babilónicos de la materia corpórea y de la fuerza. El escalpelo del anatómico lo mismo que las observaciones del fisiólogo nos presentan nervios, fibras, sangre, humores, movimientos; pero ¿han alcanzado á poner de manifiesto ni tan siquiera el mas sencillo de los fenómenos subjetivos, la mas ligera sensación? ¿En qué sitio del organismo humano, en qué recóndita fibra, en qué misterioso movimiento han visto brillar la chispa de la inteligencia ó palpar la voluntad? Y si nada de esto han visto, su autoridad no llega mas allá del radio de los movimientos orgánicos: la sensibilidad, la conciencia y la razón están fuera de su alcance y caen bajo del dominio esclusivo de la filosofía.

Ahora bien, el exámen filosófico de las propiedades de la materia prueba de una manera clara é indubitable que ningun órgano, por perfecto que lo supongámos, puede ser sujeto de las facultades psicológicas. El sér sensitivo, el sér que piensa y quiere, es esencialmente uno, y la materia corpórea esencialmente compuesta: nadie puede rechazar la unidad de la conciencia, y esta unidad queda destruida atribuyendo la individualidad consciente á la materia. Demos, sin embargo, de barato que pueda concebirse la unidad en la multiplicidad, lo simple en lo compuesto, las sensaciones en un órgano en que quedasen grabadas, y no por

esto habrán los materialistas adelantado un paso. Además de que debería necesariamente resultar en el órgano esencial una estraña confusión de sensaciones, no podría reflejar sino las representativas de objetos externos, y nunca las subjetivas y afectivas. Si de las sensaciones nos elevamos á la region de las ideas y á los actos espontáneos de la conciencia y de la voluntad, aumentan las dificultades y se multiplican las contradicciones.

Y ¿cómo se explica la continuidad de la conciencia individual al través de la renovación innegable de los órganos? Titánicos esfuerzos emplean los materialistas por sortear este escollo, en que adivinan ha de naufragar el arca vacilante de sus dogmas, y contestan que, si bien se renuevan las sustancias orgánicas, continúa la forma, y que la forma es la base de la conciencia. Es decir, que no es la materia, sér real, el sujeto de los fenómenos reales del alma, sino la forma, pura abstracción si la despojamos de la materia. Esta teoría podrá ser todo lo ingeniosa que se quiera; pero arranca de un supuesto falso y de un principio notoriamente absurdo: ni es cierto que continúen las formas despues de la renovación de los órganos, ni lo abstracto, como hemos dicho ya, puede producir fenómenos reales.

Las dificultades, las contradicciones, los misterios, los absurdos que resultan de considerar al alma de naturaleza corpórea son tales y tan evidentes, que el mismo autor antes citado, y con él muchos materialistas modernos, abandona semejante hipótesis y la declara insostenible. Dice Büchner que la inteligencia, el espíritu, el alma, no es sustancia por sí misma, sino el resultado de ciertas fuerzas que constituyen una unidad; y que no sabría definirla sino como una cosa que escluye completamente la materia: el alma, en su concepto, es como el foco inmaterial donde se concentran los destellos de la actividad que irradian las diferentes partes del cerebro.

Pero esta nueva teoría ni esplica mejor los fenómenos psicológicos, ni tiene mas fuerza de lógica que la anterior: con ella Büchner salva de Scila la nave del materialismo

para empujarla á Caríbdís. El alma ya no es un órgano; es únicamente la resultante de la actividad de un órgano; es la reunion en un punto inmaterial de los radios luminosos que brotan de la materia. Esa resultante, esa reunion de fuerzas en el cero, en el vacío absoluto, en la nada, es la sensación, es el pensamiento, es la voluntad: en aquel punto matemático misterioso se producen efectos sensibles á millones sin un miserable sujeto de la sensibilidad; se ve, se oye, se piensa, se quiere, sin que haya quien quiera, quien piense, quien oiga ni quien vea: en una palabra, el yo de los materialistas es la nada con atributos y propiedades, la nada en asombrosa actividad, gozando, sufriendo, mandando, combinando imágenes y dictando leyes á la materia y á la fuerza. ¿Puede, señores, concebirse algo, mas repugnante á la razon? Aun concediendo la intervencion de la electricidad en la produccion de las sensaciones, que no podemos concederla, porque un sencillo experimento físico sobre los nervios revela que los fenómenos eléctricos difieren completamente de la sensibilidad, ¿qué se probaria con ello? ¿Se salva por ventura el abismo que separa los efectos sensibles del sujeto que los refleja? Preciso es convenir en que, para dar asenso á tan estupendos milagros, se necesita estar poseido de un fanatismo por la materia á toda prueba. El mismo Büchner, perdido en el intrincado laberinto de sus especulaciones sobre las facultades del alma, abrumado con el peso de sus propias contradicciones, no halla otra salida razonable que exclamar: *Quizá llegue un dia en que la antorcha encendida por las investigaciones experimentales conduzca al camino por donde se conozca la naturaleza de las funciones psíquicas.* Esta ingenua confesion en boca de un apóstol del materialismo es la afirmacion mas esplicita de la impotencia de sus doctrinas: ella revela que la escuela materialista ni se halla en posesion de la verdad psicológica, ni conoce hoy por hoy *el camino* que pueda guiarla al descubrimiento de la naturaleza de los fenómenos del alma.

Creemos haber probado, fundándonos en la multiplici-

dad de la materia, en la unidad é identidad de la conciencia individual, en la renovacion sucesiva de los elementos orgánicos y en la continuidad y permanencia del *yó*, que el alma no puede ser una sustancia compuesta y divisible. Tambien hemos visto que no es un movimiento de los órganos, un conjunto de propiedades reflejadas en un punto exclusivamente inmaterial, porque esto equivale á establecer la existencia de fenómenos y modificaciones sin sujeto. Es de consiguiente, una sustancia simple con facultades propias, con funciones distintas de las leyes que gobiernan el mundo físico; un sér indivisible, dotado de espontaneidad, permanente en medio de la sucesion, sugeto de los fenómenos internos de la sensibilidad y de la conciencia: existe, pues, el alma espiritual.

Otro razonamiento, que os suplico me permitais ensayar, nos llevará tal vez á la misma conclusion. Las creaciones, si así pueden llamarse, de la facultad imaginativa, proceden de la combinacion de los elementos ó partes que forman el caudal de las percepciones adquiridas por los sentidos. El monstruo de Horacio es un mito, pero formado de realidades. El mas inspirado pincel no podrá jamás ofrecernos una imágen, cuyo conjunto no proceda de los elementos reales percibidos ántes en la mente del pintor. Una representacion ó imágen puramente fantástica no tiene razon de ser, y no es. La imaginacion mas feliz es la que mejor y con mas facilidad distingue las relaciones entre los seres reales susceptibles de representacion y los compara y modifica para crear en cierta manera conjuntos que no existen fuera de la fantasia. La realidad es, pues, la base de toda representacion, y solo en las modificaciones cabe la falta de realidad.

Si, dejando las imágenes, pasamos á las ideas, observaremos exactamente lo mismo. Concebir la idea de un sér simple es afirmar su realidad, su existencia; porque aquella idea, de no descansar en la realidad, no tendria razon de ser, y no sería. Tenemos idea de la fuerza; luego la fuerza existe. Si atribuyo á una fuerza cualquiera, á la de repul-

sion, por ejemplo, la elevacion de los vapores, y á la de atraccion la condensacion y descenso de los mismos, presento ya modificada la idea elemental de fuerza, y puedo incurrir en error. Resulta, por tanto, que toda idea elemental de sér corresponde á una realidad, y que únicamente en las modificaciones de las mismas ideas es posible la falta de tal correspondencia.

Ahora bien; la idea de espíritu es la de una sustancia simple; no es modificacion de otra idea de sér; su concepcion no dimana de otra concepcion; nada en el mundo físico nos puede llevar á la percepcion de semejante idea como derivada de otra: luego se apoya en la realidad; luego existe el espíritu.

Esta consecuencia, tan luminosa para el conocimiento de la naturaleza humana, nos lleva á una cuestion decisiva, en cuya solucion estriban los fundamentos de todas las esperanzas de felicidad que alimenta el corazon del hombre. De cada una de mis sensaciones, de cada sentimiento, de cada manifestacion de mi inteligencia, de cada acto de mi voluntad, veo surgir la sustancia espiritual que en los misterios de mi conciencia mora: ni la mas remota duda, ni la mas ligera vacilacion sobre la realidad del sér consciente turba ni ofusca mi razon cuando, concentrándose en su foro íntimo, discurre acerca de la naturaleza de las funciones psicológicas; mas ¿es bastante para mi tranquilidad, para mis aspiraciones, para apaciguar las tumultuosas olas que en mi mente levanta la consideracion de mi ulterior destino; es bastante, repito, la certeza de que poseo un alma espiritual? ¿Qué me importaria la seguridad y aun la evidencia de semejante posesion, si la sustancia anímica hubiese de quedar anonadada con la descomposicion de los órganos, ó perder su individualidad para confundirse y volver al seno de una sustancia ó alma universal? La idea de la nada, del aniquilamiento personal, trastorna y subleva mi conciencia y repugna á mi naturaleza: lo que yo quiero es vivir, pero vivir sobre los siglos; flotar en un océano de vida sin orillas, sin limites, en posesion de mí mismo y en generosa comu-

nicacion con otras inteligencias. Decidme, con el lenguaje de la fé católica, que á esta vida temporal seguirá para el alma una eternidad de dicha ó de maldicion; ó, con las consoladoras teorías del espiritismo, (1) que el alma, de encarnacion en encarnacion, entregada á la corriente de una perfectibilidad indefinida, alcanzará como término de sus afanes la dulzura suprema, la dicha inefable de los justos; habládme, si quereis, de sufrimientos, de dolores, de castigos, de expiaciones terribles en el mundo de los espíritus; mas no le negueis la inmortalidad á mi conciencia. El temor de una expiacion ulterior me hace temblar; el vacío de la nada ó la pérdida de mi existencia personal me horripila: puedo transigir con lo primero, pero mi alma no puede asentir á lo segundo.

Esta invencible y natural repugnancia que en nosotros escita la idea de la pérdida, mas ó menos remota, de nuestra responsabilidad ¿de dónde puede dimanar, como no sea del conocimiento que tiene el alma de su naturaleza, de la intuicion de su inmortalidad, de la vision metafísica de una vida que comienza en los umbrales de lo desconocido? El mundo corpóreo sólo ideas de disolucion y muerte puede inspirarnos; ¿cómo, pues, la idea de una existencia personal ulterior, tan inconciliable con todo lo que nos rodea, ha podido subsistir? ¿De dónde, sino de la realidad, pudo surgir la concepcion de una segunda vida brotando del seno de la muerte; de un mundo etéreo, espiritual, incorruptible, levantándose sobre los escombros de la materia, sobre la descomposicion y corrupcion de los órganos?

Al ocuparnos de la existencia del alma hemos visto que ésta no podia ser sino una sustancia simple, un sér espiritual dotado de facultades. Como sustancia, el alma ha debido existir desde la eternidad, y como simple, es indivisible, incorruptible é inmortal. La muerte es la descomposicion y

(1) Cuando escribió este discurso, su autor no se habia afiliado aun á la escuela espiritista, cuya filosofía apenas habia empezado á saludar.

transformacion, y solo la materia corpórea puede descomponerse y transformarse. El no hallar ningun indicio que revele la preexistencia del alma con relacion al cuerpo, no contradice la eternidad de la sustancia anímica. Toda vez que el alma, como sustancia, no ha podido ser creada, habremos de convenir en que dicha sustancia permaneció inactiva hasta que recibió de Dios ó de la ley la potencia consciente, la fuerza espiritual, emanacion de la actividad suprema. Esto sentado ¿puede con algun fundamento impugnarse la inmortalidad del espíritu? ¿Volverá Dios sobre su obra para despojar á la sustancia anímica de las fuerzas ó facultades con que quiso enriquecerla? ¿No es más lógico suponer que la sabiduría increada resolvió en sus inescrutables consejos formarse con los espíritus un mundo inteligente que le conociese y adorase?

Por otra parte, negar al alma la inmortalidad equivale á negar á Dios la sabiduría y la justicia. Con la actividad espiritual hemos recibido un deseo imperecedero de felicidad y de verdad, cuya satisfaccion es imposible en la tierra; un sentimiento de justicia, que no tendria fin ni objeto sin la esperanza de verla realizada en otras regiones, elevadas sobre las miserias humanas. Un Dios torturando el corazon del hombre y jugando con los mas puros sentimientos, fomentando deseos para burlarlos, inspirando virtudes para escarnecerlas, alentando esperanzas para dejarlas defraudadas, sería la más monstruosa de las hipótesis y el mayor de los absurdos. Cuando considero, señores, los crímenes que se escapan á la justicia de los hombres, tantas infamias recompensadas, tantos inocentes perseguidos, las hipocresías honradas, las virtudes sin proteccion y estima, no puedo ménos que exclamar: ¡Puesto que Dios ha de ser justo, el alma ha de ser necesariamente inmortal!

(Se concluirá).

LAS PARÁBOLAS DEL EVANGELIO.

PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

«En aquel dia saliendo Jesús de casa, fué y sentóse á la orilla del mar.—Y se juntó al rededor de él un concurso tan grande de gentes, que le fué preciso entrar en una barca y tomar asiento en ella, y todo el pueblo estaba en la ribera, al cual habló de muchas cosas por medio de parábolas, y principalmente por medio de la siguiente, diciendo:—Salió una vez cierto sembrador á sembrar.—Y al esparcir los granos, algunos cayeron cerca del camino, y vinieron los aves del Cielo y se los comieron.—Otros cayeron en pedregales, donde habia poca tierra, y luego brotaron por estar muy someros: mas nacido el sol se quemaron, y se secaron, porque casi no tenian raices.—Otros granos cayeron entre espinas, y crecieron las espinas y los sofocaron.—Otros en fin cayeron en buena tierra, y dieron fruto, dónde ciento por uno, dónde sesenta, y dónde treinta.—Quien tenga oidos para entender entienda.»

«Acercándose despues sus discípulos le preguntaban: ¿Por qué causa les hablas por parábolas?—El cual les respondió: porque á vosotros se os ha dado el privilegio de conocer los misterios del reino de los Cielos; mas á ellos no se les ha dado. Siendo cierto que al que tiene lo que debe tener dársele ha aun más, y estará sobrado; mas al que no tiene lo que debe tener, le quitarán aun lo que tiene.—Por eso les hablo con parábolas; porque ellos viendo no miran, no consideran, y oyendo, no escuchan ni entienden.—Con que viene á cumplirse en ellos la profecia de Isaías que dice: *Oiréis con vuestros oidos y no entenderéis; y por más que mireis con vuestros ojos, no veréis.*—Porque ha endurecido este pueblo su corazon, y ha cerrado sus oidos, y tapado sus ojos, á fin de no ver con ellos, ni comprender con el corazon, por miedo de que, convirtiéndose, yo le dé salud.—Dichosos vuestros ojos porque ven, y dichosos vuestros oidos porque oyen.—Pues en verdad os digo que muchos profe-

tas y justos ansiaron ver lo que vosotros estais viendo, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.»

«Escuchad ahora la parábola del sembrador.—Cualquiera que oye la palabra del reino de Dios ó del Evangelio, y no para en ella su atencion, viene el mal espíritu y le arrébate aquello que se habia sembrado en su corazon: éste es sembrado junto al camino.—El sembrado en tierra pedregosa es aquel que oye la palabra de Dios, y por el pronto la recibe con gozo, mas no tiene interiormente raíz, sino que dura poco; y en sobreviniendo la tribulacion y la persecucion por causa de la palabra, luego le sirve ésta de escándalo.—El sembrado entre espinas, es el que oye la palabra, mas los cuidados de este siglo y el embeleso de las riquezas, la sofocan, y queda infructuosa.—Al contrario, el sembrado en buena tierra, es el que oye la palabra de Dios, y la medita, y produce fruto, parte ciento por uno, parte sesenta, y parte treinta.»

Despues de la explicacion que dió Jesús á sus discípulos sobre la genuina significacion de la parábola que precede, poca cosa podremos decir nosotros, pues seria improcedente, ya que atendido el actual estado de la inteligencia humana, ha de parecer hallarse bastante clara la explicacion que dió Jesús á los Apóstoles, hallándose por consiguiente al alcance hasta de los entendimientos ménos cultivados; solo sí añadiremos para los que tienen ojos y no ven, y oídos y no oyen, segun expresion del mismo Evangelio, que si el divino Maestro tuvo á bien dejar velado en cierto modo lo que venia expresando en otras muchas de sus parábolas y alegorias, fué, como ya se ha dicho, en atencion á que la inteligencia de las masas, de la generalidad de aquellas gentes, sobradamente obtusa todavía por no haber aun llegado á su suficiente madurez, no hubiera comprendido los misterios de la vida de ultra-tumba, ó sea del reino de Dios, segun la propia expresion evangélica; su educacion habia de realizarse en la sucesion de los tiempos, debiendo recibir por lo tanto la luz de sus enseñanzas poco á poco, haciendo cre-

cer y madurar, en fuerza de su fecundidad, los frutos de su vida, que aun se hallaba en sus primeros desarrollos. ¿Qué seria de la fruta, aun verde y en sus naturales y pausadas creces, si llegara á recibir desde luego, de una manera brusca é intempestiva, la fuerte temperatura y toda la intensidad de la luz del sol, que le será solamente necesaria para completar su madurez allá en julio y agosto ó en su tiempo apropiado, segun la ley del desenvolvimiento de la fructificacion?

Las parábolas por de pronto en su significacion material, la única que podia hallarse al alcance de aquellas inteligencias, no dejaban de servirles de algun provecho, como iniciativa de su despertamiento intelectual, es decir, para la comprension de lo que de alguna manera les era permitido ver y considerar; así como en su significacion velada y misteriosa para aquel tiempo, habian de ser objeto de investigacion é interpretacion para las venideras generaciones en la carrera de su progreso, en la medida de las creces de su inteligencia, por efecto de la experiencia y del afinamiento de la vida.

Para aquellos tiempos de infancia de las sociedades, ó para las que ya en su mayor desarrollo se habian desviado del buen camino, apenas levantándose de la materia, una luz nueva y excesiva los hubiera cegado en lugar de proporcionarles conveniente claridad; además de que en la inferioridad de su sentido moral, una mayor iluminacion sobre los misterios de la vida del porvenir, de la vida espiritual, ó sea del reino de los cielos, hubiera aumentado en demasía la responsabilidad de aquellas aun demasiado atrasadas y rudas gentes; lo que Dios no podia permitir en su bondad, en razon á la gran dificultad en que aquellas se hubieran hallado para recabar el cumplimiento de los deberes que se les imponia, ya que su moral naturaleza era de sí todavía demasiado débil y enferma para poder marchar por la senda de las grandes virtudes. Veneremos la alta sabiduría y bondad de Dios, ya que tanto resalta para nuestro bien en su eterna y celestial economía, donde todo, todo viene

dispuesto por el amor y misericordia del Padre, siempre para nuestro perfeccionamiento y felicidad, bien que no sepamos desde luego comprenderlo así y agradecerlo por el atraso y apocamiento de nuestra actual comprension y poco elevado sentimiento.

LA PARÁBOLA DE LA ZIZAÑA.

«El reino de los Cielos es semejante á un hombre que sembró buena simiente en su campo, pero al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo, y sembró zizaña en medio del trigo, y se fué.—Estando ya el trigo en yerba, y apuntando la espiga, descubrióse asimismo la zizaña.—Entonces los criados del padre de familias acudieron á él y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo?—Pues ¿cómo tiene zizaña?—Respondióles: Algun enemigo mio la habrá sembrado.—Replicaron los criados: ¿Quieres que vayamos á cogerla?—Á lo que respondió: No; porque no suceda que arrancando la zizaña, arranqueis juntamente con ella el trigo.—Dejad crecer uno y otro hasta la siega, que al tiempo de la cosecha yo diré á los segadores: Coged primero la zizaña, y haced gravillas de ella para el fuego, y meted despues el trigo en mi granero.»

Esta parábola nos lleva á la consideracion, al conocimiento de lo que es aún el estado de la humanidad de nuestro globo, habiendo todavía en ella grados diversos, los matices todos de la vida humana, desde la mayor perversidad hasta las mas encumbradas virtudes. La simiente espiritual del hombre, como emanada de Dios es esencialmente buena, pero acá viviendo en la materia, sucede, que miéntras unos marchan en su regular progreso hácia el bien, otros se entregan á sus desvios y malos instintos: á las pasiones y perversidad, complaciéndose en perturbar á los buenos por malicia de su corazon y de su inicua índole. Son como la zizaña á que se alude en la parábola, sirviendo de obstáculo para la produccion del gran fruto de vida que el Gran Padre de familias podria esperar y prometerse de la tierra bien cultivada, ya que en su origen la simiente era de por sí naturalmente buena. Los malos, esos espíritus de perturbacion

é instigacion maléfica, que por doquier abundan, son lo que la zizaña y las malas yerbas en el campo, debilitando y minorando los primeros la virtualidad del bien en el seno de las sociedades, y los últimos apocando y destruyendo análogamente los productos del buen sembrado, del sembrado objeto del anhelo del afanoso labrador.

Mas ocurre en lo que viene refiriéndose en la parábola, que los voluntariosos y solícitos operarios y dependientes del dueño piden á este consejo y autorizacion para quitar la zizaña del campo, por si pueden lograr frustrar, reducir á nulidad la intencion y el deseo de malignidad del que con tales miras se complació en sembrarla; y cosa estraña, cuando creian ellos satisfacer generosamente á su amo, les contesta éste, prevalido de su prevision y prudencia: *No; no fuera que arrancando la zizaña, se arrancasen tambien las plantas de la buena simiente y se malograra la cosecha. Esperad la siega, añadió, y luego separad las malas yerbas del grano bueno; aquellas para el fuego, y el buen grano para el granero.* Hermosa, sublime leccion es ésta para cuantos tengan oidos para oír, corazon para sentir y entendimiento para comprender, al propio tiempo que voluntad para obrar. Sepamos meditar y entender bien lo que se refiere á las malezas en este instructivo y edificante símil, sucediendo análogamente con respecto á los hombres y espíritus de mal instinto, que son los que constituyen la gran zizaña en el campo de las sociedades.

Dios en su bondad y misericordia, tan ostensibles en la economía de su plan divino y providencial, no quiere arrancar bruscamente del seno de las sociedades á los que se complacen en perturbarla, llevando el desconcierto á su marcha con sus fechorías y maldades de toda suerte; quiere antes bien, llevado de su misericordia, que vivan, por si en la duracion de su existencia puede haber lugar al arrepentimiento y enmienda, al mejoramiento de su vida; además de que, y se concibe bien, si se procediera á una prematura extirpacion del mal sobre la tierra, se careceria indudablemente de instrumentos de prueba y purificacion para

los que ya sienten el gusto del bien, pero que necesitan todavía acrisolarse, para sus mejores virtudes, en las duras pruebas que las contrariedades de la vida suelen ofrecerles: ello es precisamente lo que entre las demás pruebas de la vida conduce á los hombres á su sucesivo aumento de mejoramiento y perfectibilidad.

Para los dias del juicio, que tarde ó temprano habrá de venir, no habiéndose reconocido y reformado los extraviados, desviándose libre y temerariamente, será para ellos lo que viene sucediendo ó significándose en la parábola respecto de la zizaña y malezas destinadas al fuego despues de la siega y de la separacion del grano, alegóricamente hablando: segun la justicia de Dios, será para ser entregados al fuego de la expiación, al crujir de dientes, en expresion de las Escrituras. Mas no olvidemos que la tierra ha sido y debe ser aun por mucho tiempo el crisol de continuada purificación al traves de las pruebas de la vida; es decir, la tierra en sus actuales condiciones y en las que le serán inherentes aun por mucho tiempo, habrá de ser mansion de penas y tribulaciones, de contrariedades y malestar, un valle de lágrimas, como suele llamársele, verdadero purgatorio de expiaciones y reparaciones, y tambien de adelanto y purificación, marchando la humanidad necesaria y constantemente hácia su progreso y perfeccionamiento, cual varias veces hemos repetido.

¡Dios de los Cielos! Ayudadnos á despertar del sueño de nuestras indolencias para seguir con desvelo vuestros santos caminos; que llegue lo mas pronto posible para los moradores de la tierra el reino de la justicia y de la caridad, el gozoso é inefable dia en que no haya que separarse la zizaña del buen grano, que será el venturoso dia de paz y felicidad por el exacto cumplimiento de nuestros deberes en pos de nuestro final destino.

Completaremos nuestro modo de ver y entender sobre la significacion de la parábola que nos ocupa, con la explicacion sucinta que el mismo Jesús hizo á los Apóstoles y á sus discípulos en ocasion oportuna, la cual es como sigue:

«El que siembra la buena simiente es el Hijo del hombre.—El campo es el mundo.—La buena simiente son los hijos del reino.—La zizaña los hijos del espíritu maligno; el enemigo que la sembró es el diablo, (personificación del mal instinto y de la iniquidad).—La siega es el fin del mundo.—Los segadores, los Ángeles.—Y así como se recoge la zizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo.—Enviará el Hijo del hombre á sus Ángeles, y quitarán de su reino á todos los escandalosos y á cuantos obran la maldad: al mismo tiempo que los justos resplandecerán, como el sol, en el reino de los Cielos.»

Del contenido de esta explicacion, aunque algun tanto velada por su sentido figurado, se comprende bien que la misericordia y justicia de Dios vienen cumpliéndose armónicamente en la duracion de los siglos. Somos todos obra de nuestros propios y libres actos, de los cuales irremisiblemente habremos de dar cuenta algun dia ante el juicio de Dios.

M.

(Se continuará).

EL CRISTIANISMO EN PUERTO-RICO.

II y último.

Ya saben los lectores de EL BUEN SENTIDO que en Puerto-Rico se multa y encarcela á los que, profesando el cristianismo espiritista, se reúnen para leer el Evangelio; lo cual da la medida de la tolerancia que se usa en aquella apartada posesion española. Allí ciertas autoridades locales, entre ellas el Alcalde de Utuado, guardan tal respeto á los mas sagrados derechos individuales, que tratan como á reos de algun nefando delito á los que en familia se atreven á conmemorar la pasion y muerte de Jesús leyendo los Evangelistas. Se conoce que el cristianismo es materia vitanda

en Puerto-Rico, y que no se perdona medio para impedir su moralizadora propaganda.

Como es de suponer, mientras los cristianos se ven constreñidos á disimular sus convicciones y creencias, so pena de escitar las iras de los procónsules y atraerse persecuciones y disgustos, los ultramontanos hacen ostentoso alarde de su influencia y poderío. Seguros de que sus necias baladronadas han de quedar sin el debido correctivo, en razon á que sus adversarios no disfrutaban de la libertad necesaria, ni aun para defenderse, muéstranse audaces y agresivos, retando á pública discusion á los mismos de quienes saben no les ha de ser permitido discutir. Este ruin proceder ha sido siempre el de la secta ultramontana, fiel imitadora de aquellos fariseos que dirigian á Jesús preguntas capciosas para denunciar sus respuestas á los delegados del César. Allí donde la prensa goza de completa libertad para tratar las cuestiones religiosas, no son los ultramontanos los que provccan su discusion, porque saben que han de salir de ella con las manos en la cabeza; pero allí donde sólo ellos pueden respirar libremente, donde las leyes ó el capricho de los delegados del gobierno condenan á forzado silencio á la prensa racionalista, los ultramontanos son valientes, provocadores, polemistas, aficionados á romper lanzas en un palenque donde no se ha de presentar ningun enemigo, ó se ha de presentar completamente desarmado.

Esto es lo que pasa en Puerto-Rico, á juzgar por las cartas y periódicos que de aquella isla recibimos. Mientras nuestros correligionarios carecen de libertad, no ya para hablar y escribir en defensa de sus creencias, sino aun para leer, que es hasta donde puede llegar la intolerancia, un presbítero batallador, D. Lucas Lladó, cura regente y vicario de Ponce, enristra la pluma, y en las columnas del periódico *La Civilizacion* acomete á los cristianos espiritistas llamándolos al terreno de la discusion pública, que es donde se ventila la bondad de las ideas. No hablemos del valor literario del escrito por el Sr. Llado publicado: se trata de un presbítero, y ya sabemos que los presbíteros no están

obligados á saber escribir correctamente, ni por lo mismo á conocer las reglas de construccion gramatical y el buen empleo de los signos ortográficos. Nos ceñiremos, pues, al análisis de los conceptos que en dicho escrito se emiten, á cuyo efecto vamos á copiarlo íntegro, reservando para despues las observaciones y comentarios que nos sugiere su lectura.

Dice así el periódico puerto-riqueño *La Civilizacion*:

Objeto la escuela Espiritista de fecundísimas investigaciones para la filosofia y las ciencias en los centros mas cultos de ambos mundos; creyendo que aun su discusion no debe salir de aquellos grandes laboratorios del pensamiento humano; ni el pró ni el contra sostenemos. Por lo tanto, en el escrito que para su insercion nos envia el Sr. Regente de esta Vicaria, declinamos toda responsabilidad, á la vez que complacemos á dicho señor.

He aquí el escrito á que nos referimos.

Sr. Director del periódico LA CIVILIZACION.

Muy Sr. mio y de toda mi consideracion: espero merecer de Ud. se dignará insertar en las columnas de su ilustrado periódico, lo que pongo á continuacion, dándole por ello anticipadas gracias, su affmo. amigo S. S. Q. B. S. M.

El Cura Regente y Vicario de Ponce, LUCAS LLADÓ.

Habiéndoseme acercado á mi algunos caballeros amantes de la ciencia y el órden para indicarme la necesidad que habia de atacar esa propaganda espiritista que de poco tiempo á esta parte se nota en esta jurisdiccion, creí de mi deber explicar el moderno espiritismo y atacarlo en el verdadero terreno de la ciencia, probando con razones filosóficas y concluyentes, que el espiritismo tal cual lo explican y enseñan sus principales Doctores, es una ridiculez, una inconsecuencia, una mentira; así lo hice para cumplir con mi deber, en la noche del doce del presente mes ante una numerosa y para mi respetable concurrencia. Hoy he recibido varios anónimos, y si bien se me trata en ellos con atentas consideraciones que no merezco, no puedo ménos de sentir vivísimamente y reprobar este ilegal proceder; no es mi objeto contestar á estos anónimos, Dios me libre de semejante inconsecuencia; muy bien saben sus autores que me tienen á su

disposición pero en la forma y el terreno que se discuten las ideas y los principios. Dije y vuelvo á repetir para que mediten las horribles pero lógicas y necesarias consecuencias de los principios espiritistas. «Que el Espiritismo es impio porque achaca á Dios el origen de mal, es irreligioso porque suprime la libertad humana que es dogma de toda religion, es antifilosófico, porque contradice los principios más evidentes de toda filosofía sobre el libre albedrío; es inmoral, porque echando la responsabilidad humana niega la moralidad intrínseca de las acciones; es antisocial, porque debiendo seguir el hombre forzosamente la dirección que imprime el espíritu bueno ó malo que le anima, no es libre para observar ó dejar de observar las leyes, atributos esenciales de la autoridad y justicia, que son fundamentos esenciales de toda sociedad y entonces la ley es un absurdo, no tiene razón de ser, y el castigo es un crimen porque no hay responsabilidad moral en lo que se castiga. Así pues, no hay necesidad de perder tiempo aconsejándome que abrace la doctrina Espiritista, fundados como lo hacen en que Jesucristo y los Santos fueron «mediums.» Y con muchísima más razón si el gran argumento para convencerme á (1) de ser como veo indicado, «que no solo en Puerto-Rico sino en las grandes ciudades de Alemania, Francia y España, hay los grandes centros Espiritistas» porque á semejantes argumentos si habia de contestar, diría: que por la misma razón no solo en Puerto-Rico sino en las principales ciudades de Alemania, Francia y España hay tan grandes manicomios.

Suplico pues á estos señores abandonen esos medios de defensa que no nunca podré admitir: que se coloquen en el verdadero terreno como amantes de la ciencia y de la verdadera ilustración, y allí nos encontraremos no como contrarios sino como amigos que nos proponemos un mismo fin: instruir y despreocupar.

Mayo 12

LÚCAS LLADÓ.

Observen nuestros lectores que *La Civilización* no se hace solidario de las ideas que vierte en su comunicado el cura regente de Ponce, antes por el contrario, habla del espiritismo en frases dignas y respetuosas, considerándolo como una escuela cuyas afirmaciones merecen ser objeto

[1] Conservamos exactamente la ortografía del original.

de profundas investigaciones filosóficas. Recomendamos este juicio proceder al *Boletín Mercantil*, que sale á luz en la misma Antilla, el cual habla sin ton ni son de lo que no entiende, desatándose en improperios contra el espiritismo, porque este niega la eternidad de las penas del infierno.

Empieza el presbítero Sr. Lladó quejándose de que los espiritistas, en vez de colocarse en el terreno conveniente, que es el de la pública controversia, se le dirijan por medio de cartas anónimas, bien que tratándole con toda la atención y cortesía. Esta queja carece de fundamento real, si se tiene en cuenta que nuestros hermanos de Puerto-Rico no gozan de la libertad necesaria para defender por medio del periódico sus creencias. Cuando se les encarcela por leer el Evangelio, ¿podrán atreverse á cruzar sus armas, á contrvertir en público con el vicario de Ponce? El dispone de la que llaman Cátedra del Espíritu Santo para combatir ante el pueblo agrupado la nueva filosofía, mientras que nuestros correligionarios no disponen, para defenderla, ni aun de su propio domicilio, toda vez que de él los arranca la autoridad de un Alcalde á quien se le antoja que no han de leer sin su permiso las Sagradas Escrituras: ¿y se quejará el Sr. Lladó de que los espiritistas apelen al único recurso que les queda, y manifiesten á sus detractores, valiéndose de anónimos de formas dignas y corteses, los errores en que por ignorancia ó por malicia incurren al juzgar nuestras cristianas doctrinas?

Si en realidad desea, como parece, discutir su cristianismo y el cristianismo que nosotros profesamos, poner el uno en frente del otro, para que el público juzgue de las excelencias de cada cual; si tanta fé tiene en la bondad de sus ideales religiosos, que no teme someterlos al depurador crisol de la pública controversia; si, en una palabra, es algo más que un pueril alarde el reto que lanza en el comunicado transcrito; no ha de faltarle campo en que lidiar ni ocasión de lucir su gallardía. Nosotros le ofrecemos á este objeto las columnas de EL BUEN

Sentido (1). El buen pastor deja el rebaño para ir en pos de la oveja extraviada: venga, pues, el Sr. Lladó á nosotros y á los centenares de ovejas que con nosotros se han separado del redil. Pruebe en las columnas de EL BUEN SENTIDO la falsedad de nuestras doctrinas y la verdad de las suyas, y juntos volveremos al abandonado aprisco.

Sospechamos que el vicario de Ponce no aceptará nuestro espontáneo y sincero ofrecimiento. Una cosa es predicar desde el púlpito, y otra muy distinta defender una mala causa ó hablar de lo que no se conoce en un periódico: la opinion pública es algo mas exigente que una congregacion de fieles.

Y que el Sr. Lladó no conoce el espiritismo, es evidente. De otra suerte, no diria que el espiritismo hace á Dios autor del mal, cuando precisamente rechaza el mal absoluto, que es creacion ultramontana y uno de los dogmas mas tenazmente sustentados por la secta. El mal es relativo, y por tanto condicion de la naturaleza humana.

Si el cura de Ponce conociese el espiritismo, no afirmaria que es irreligioso porque suprime la libertad. ¿Por ventura el espiritismo acepta la predestinacion neo-católica, dada la cual el hombre viene á la vida sujeto á un destino irrevocable? Lo que nuestras doctrinas sustentan es que el hombre posee las fuerzas necesarias para triunfar de sus debilidades y que, equilibrándose en su naturaleza las tendencias materiales con las aspiraciones virtuosas, de su buena ó mala eleccion depende el triunfo ó el vencimiento.

Si el cura de Ponce conociese el espiritismo, no lo calificaria de inmoral porque destruye la responsabilidad humana. ¿Dónde ha visto el Sr. Lladó semejante desatino? El hombre, segun el concepto espiritista ó cristiano, es hijo de sus obras y sentimientos, y arrastra siempre consigo la

(1) Como es de suponer, remitimos este número de EL BUEN SENTIDO al cura regente y vicario de Ponce, D. Lucas Lladó, al mismo tiempo que una atenta carta.

responsabilidad de su libre eleccion. ¿Se deja vencer de las pasiones protervas? Su libertad es su condenacion, y la expiacion le aguarda. ¿Triunfa de la iniquidad y del error y ha expiado sus faltas? La armonía moral y los goces del espíritu serán su merecida recompensa.

Pasemos por alto aquello de que el espiritismo es anti-social; porque las laberínticas razones en que el Sr. Lladó lo apoya, así tienen que ver con que sea social ó anti-social, como por los cerros de Ubeda: dejemos tambien aquello del *espíritu bueno ó malo que anima al hombre*, lo cual revela que el buen presbítero entiende que el espíritu es algo así como postizo que se pega al hombre, á manera de un grano en la conciencia ó de un parásito interior: ni tomemos tampoco inventario de aquellos *tan grandes* manicmios de que nos habla al final de su comunicado: estas cosas hay que hacer como que no se han leído, ó compadecer al que las escribe, ó soltar una ruidosa carcajada.

LA REDACCION.

VARIEDADES.

EL ORO Y LA CIENCIA.

Dos fuerzas halla el hombre en su camino
de distinto carácter, fuente y nombre;
nace la una del poder del hombre;
nace la otra del poder divino.

Ambas se buscan con igual vehemencia,
y se conservan como gran tesoro:
la que el hombre encontró, se llama *Oro*;
la que vino de Dios, se llama *Ciencia*.

Origen tan diverso no fué en vano;
que hay un abismo entre los dos profundo,
y luchan sin cesar aquí en el mundo
el don divino y el invento humano.

Saca el *Oro* del fango en que se encierra,
de la ansiosa codicia el duro brazo;
y formando con él un duro lazo,
hace al alma la esclava de la tierra.

Y mientras tanto, con que sólo vibre
sus alas la razón, alzando el vuelo,
bebe la *Ciencia* en el raudal del cielo
y hace con su verdad al hombre libre!

Por la sed hidrofóbica del *Oro*
que en pecho avaro la codicia esconde
y á necia vanidad solo responde,
pierde el hombre salud, paz y decoro.

Mientras si busca, con afán que asombre,
la sublime conquista de la *Ciencia*,
á la par que ilumina su conciencia,
logra virtud, y libertad, y nombre!

Ni es tan grande del *Oro* el valimiento,
que consiga comprar cuanto pretende:
sólo el *Oro* servil se compra y vende;
no honradez ni salud, paz ni talento!

Sólo la *Ciencia* los misterios sabe
que al hombre dan vigor, ventura y calma:
ella sólo mostrarle puede al alma
de la existencia racional la clave.

Y como el rico al fin nota el agravio
de su miseria á su opulencia unida,
siente de fiera saña el alma herida
y desprecia la *Ciencia*, y odia al sabio.

Y el hombre de saber, que encuentra chico
á quien no vale más que su dinero
y tiene al interés por consejero,
desdeña el *Oro*, y compadece al rico.

Y el uno sigue á la ganancia atento,
practicando la usura y torpe dolo;
y el otro, á su grandeza atento sólo,
esclarece y ensancha el pensamiento.

Y un día el rico con furor advierte
que dan al sabio bienhechor murmullo,
y ocultando su envidia con su orgullo,
exclama despechado de esta suerte:

—¿Conoces un poder que se le iguale
al poder asombroso del dinero?
¿Conoces algo por el orbe entero
que valga acaso lo que el *Oro* vale?

»En extraños delirios ocupado
consumes néciamente tu existencia,
para traer despues toda tu *Ciencia*
á que yo la cotice en el mercado!...

»Depon esa altivez que no me explico;
que no hay quien de tu gloria me convenza,
en tanto que así vives, ¡oh vergüenza!
de la limosna que te arroja el rico!»—

—»Basta ya, desgraciado! ¿Qué te ha hecho
mi noble *Ciencia*?»—Le contesta el sabio.
—Tan alta está, que no puede tu labio
escupirle la hiel que hay en tu pecho.

»Más alta que tu *Oro* está mi *Ciencia*:
yo subo por hallarla al infinito,
y tú bajas por él hasta el delito
que rõe eternamente tu conciencia!

»No niego al Oro su asombroso encanto;
mas mira para qué y cómo se ejerce;
todo lo recto y grande, achica y tuerce:
donde llega, hay terror!... do pasa, hay llanto!

»Y di; de qué te sirve tu riqueza?
Ni arranca de tu pecho la perfidia,
ni te acierta á curar la negra envidia
con que estás atacando mi grandeza.

»De qué le sirve tu tesoro oculto
al mundo que te vé con él potente?
Al torpe vicio, de incentivo ardiente,
y al pobre triste, de constante insulto.

»No temas que, aunque el Oro no me sobre,
te pida lo que en ti nunca se alcanza:
tengo ciencia y virtud, fé y esperanza!...
soy más rico que tú, siendo más pobre.

»Ni pienses que te ofrezca vergonzante
mi Ciencia por tu Oro; ¡desvario!
para pagar el pobre saber mio,
no contienen tus arcas lo bastante.

»Aparta: sigue con tu afan profundo
(que miro con desden y con espanto)
de hacer oro de todo, ¡hasta del llanto!
y déjame cruzar tranquilo el mundo.»—

Desde entonces el rico cruda guerra
hace al saber con implacable encono;
pero el sabio á su vez tiene en su abono
el dominio sin fin de la ancha tierra.

Y justicia á los dos hace la gente;
que el rico panteon fiero derrumba,
y al ver del sabio la modesta tumba
con respeto y amor dobla su frente.

ROMUALDO A. ESPINO.

(De *El Boletín Gaditano*.)

LECTURAS POPULARES.

Á LA MUERTE DE UNA MADRE (1).

Un fúnebre cortejo acompaña con paso lento y aspecto compungido un ataúd.

Por la excesiva riqueza con que va adornado el carro fúnebre, el numeroso y escogido séquito que lo acompaña, la infinidad de clérigos y de luces, la música y demás objetos de aparatosa ostentación, se conoce que el finado pertenecía en el mundo á elevada clase.

Lujo, riquezas, glorias y honores, todo acaba en la tumba..... ¿Quién despues de algunos años podrá conocer la riqueza que ostenta hoy este cadáver?..... ¿Quién podrá diferenciar su cráneo del del pobre mendigo que muere de hambre en un rincón de misera bohardilla?

Nadie!..... Ante Dios y ante la tumba todos somos iguales: ¡hermosa y justa igualdad del género humano!

Pero entremos en otro género de consideraciones: nada como la presencia de la muerte inclina el ánimo á la meditacion y á la filosofía.

Una jóven madre acaba de dejar á su hija, recién nacida, en la orfandad.

¡Pobre madre! que al partir para otra vida deja en la tierra parte de su corazón!

¡Pobre niña! que viene al mundo perdiendo á la que le dió el sér!

Ser huérfana de madre! verse privada de sus caricias! no poder decir ¡madre! ni dormir en su regazo y al calor de sus besos!

¿Quién mecerá su cuna? ¿Quién pondrá el nombre de Dios en sus labios y arrullará su sueño con ese canto armonioso que solo puede inspirar el amor intenso de una madre?

Mujeres mercenarias la rodearán supliendo en apariencia la falta del maternal cariño.

¡Pobre niña!..... tu madre ha muerto, y tu sonris con ese candor del que nada comprende.

(1) Este artículo es el primer ensayo literario de una de nuestras amables suscriptoras, de cuya ilustración nos prometemos una cooperación activa en la propaganda cristiana.

Aceptas ansiosa el seno de una mujer estraña, sin pensar que no es el de la madre que te dió la vida con su amor; crecerás feliz; la palabra vendrá á tus labios y la sonrisa de ángel á tu boca, y tus manecitas movidas por un amoroso instinto aprenderán á acariciar á los que te rodeen, mientras tu pobre madre se verá privada de tus caricias, siendo la primera que tiene derecho á ellas.

Y con razon; ¿quién tiene mas derecho al amor de un hijo que su madre?

Los sufrimientos terribles á que la sujetó la naturaleza para dar la vida al sér que la Providencia depositó en su seno ¿no son motivo suficiente para que quiera ser dueña absoluta de su cariño? ¿No es la madre la que vela al niño enfermo, la que previene todos los peligros á que su débil cuerpo está espuesto? Pues ¿quién sino ella debe gozar de sus primeras caricias?

¡Hermoso egoismo que hace de dos séres uno solo! santa union que constituye al fuerte en escudo del débil y al débil en alegría del fuerte! Ó mejor, dos debilidades que se unen para formar una sola fuerza.

Dios con su bondad y sabiduría infinita lo ha previsto todo.

La vida de la mujer en la tierra es triste y penosa; pero en medio de su mision, difícil de cumplir, y de su naturaleza, débil y enfermiza, Dios la ha dotado de un sentimiento esquisito que la hace gozar en las cosas mas sencillas.

Este sentimiento bien desarrollado y dirigido la hace buena, compasiva, y llena su corazon de una ternura infinita que le proporciona momentos de inefable fruicion.

Este sentimiento va casi siempre acompañado de una inteligencia sencilla, debido quizá á la poca instruccion que á las mujeres se nos dá, formándose en derredor nuestro una atmósfera de creencias que vienen á ser el oxígeno de nuestra vida moral.

¿Qué mujer medianamente educada, al sentirse afligida por una contrariedad, no eleva sus ojos al cielo implorando su auxilio? Y despues de un momento de oracion, de esa oracion sencilla que sale del alma, sin frases estudiadas, ¿no se siente fuerte y resignada para sufrir con paciencia las pruebas á que se ve sometida?

Sí; la oracion es el bálsamo que cicatriza las heridas que dejan en nuestro corazon las luchas de la vida: ella es nuestro único apoyo, nuestro solo consuelo.

Por medio de la oracion elevamos nuestro espíritu hácia esas moradas de paz, donde todo es amor y caridad.

Debiera tenerse mucho cuidado en la educacion de las tier-nas niñas; estudiar su mision sobre la tierra y dirigir las poco á poco por los senderos de la perfeccion; mas que ilustrar su inteligencia, dirigir su sentimiento haciéndolas buenas, laboriosas, caritativas, y arraigar en su alma los sentimientos verdaderamente religiosos. Decimos *verdaderamente religiosos*, porque tan inútil es ante Dios y ante la sociedad la mujer fanática, como la que carece de toda creencia: la primera, ocupada siempre en orar, descuida los quehaceres domésticos, y encierra su vida en un egoismo perjudicial para todos los que la rodean y aun para ella misma: la segunda, libre de toda traba moral, obra con la mayor ligereza, causando su propia perdicion y el escándalo que es consiguiente.

El sentimiento ha de ser la piedra fundamental de la educacion de la mujer: sin dirigir bien esa poderosa facultad del alma, no podrá contar la sociedad mas que con mujeres frívolas, superficiales, incapaces de toda iniciativa saludable.

Y ¿qué será de la sociedad, y aun de la misma familia, si la mujer, la providencia de los hijos, el ángel tutelar de la casa, no cuenta con ese manantial de dulzura, de acendrado cariño, que la eleva á la dignidad de señora y ama de casa, si no lleva consigo la instruccion y la grandeza de alma que necesita?

¿Qué educacion dará á los hijos la madre coqueta y lijera, que pasa gran parte del día en el atavío de su ropaje, olvidando completamente el cuidado de esas pequeñas plantas que Dios ha puesto bajo su direccion y apoyo?

Porque no todas las mujeres que visten seda y arrastran lujosos trajes merecen el dictado de señoras: gran número de ellas son mujeres por el sexo, pero no señoras por la dignidad y elevacion de carácter.

Vense señoras ir por agua con el cántaro á la fuente, y mujercuelas pasear en deslumbradoras carretelas.

El verdadero señorío no está en el traje, sino en la elevacion de sentimientos.

La mujer que no es honrada, laboriosa y digna, no puede ser ni será jamás señora.

Pero volvamos á nuestra principal idea.

Ya hemos dicho que durante la infancia la niña necesita le haga sombra el cariño maternal; ¿y qué diremos durante la adolescencia?

Los padres, ocupados en sus negocios, ni pueden ni saben dedicarse á las asiduas atenciones que exige la educacion de las niñas, y además la vida de la mujer está llena de minu-

ciósidades que el hombre no sabe ni puede comprender.

Cuando la mujer deja de ser niña, en la edad hermosa de catorce ó quince años, algunas mucho más pronto, en que el corazón sale de su tranquilidad pasiva aspirando á sentimientos desconocidos para ella, con esa tendencia inocente á agradar y ser querida de todos los que la rodean, con la imaginación exaltada y el corazón henchido de ternura, se lanza al mundo, juzgando á todos con la bondad y sencillez que constituyen el fondo de su juvenil naturaleza.

Para el corazón de la mujer, á los quince años, no hay falsedad ni mentira posibles; lo adora todo y lo cree todo.

¡Pobre niña! ¿quién descorrerá ante tus ojos el velo de la realidad? ¿quién te hará conocer los escollos de la vida? ¿quién fijará tu imaginación ardiente y te enseñará á separar la verdad de la mentira; si te falta tu madre?

Entonces será cuando conocerás la irreparable pérdida que has sufrido: cuando tu corazón despierte á las primeras luchas y defecciones de la vida, buscarás un ser que reemplace á tu madre; mas ¡ay! buscarás en vano.

Tus amigas de colegio, ligeras avecillas cual tú, tampoco sabrán aconsejarte.

Llorarás al ser querido que perdiste, y verás cuan grande es el vacío que ha dejado Dios en tu alma. Sin embargo, no desesperes. Dios nuestro Padre, con su bondad inagotable, no deja jamás abandonados á sus hijos.

En los momentos de angustia, ruega con fervor y piensa que tu madre no está lejos de tí, y que más de una vez ha dirigido tus pasos y te ha dado aliento cuando te rendía la fatiga.

La madre que deja una hija en la terrestre morada no la desampara jamás, y continúa velando por ella desde el mundo de los espíritus.

UN RETO

Á LOS IMPUGNADORES DEL ESPIRITISMO.

La historia del progreso, debido á los esfuerzos del entendimiento humano, muestra la lucha que han sostenido siempre las nuevas ideas para abrirse paso á través de la doble barrera de la tradición y de las prevenciones injustificadas. No hubo teoría ni sistema nuevo, de los que más tarde se elevaron á principios in-

concusos y verdades demostradas, que no fuesen calificados de grosero error ó cuando ménos de vana ilusión ó atrevida utopía; la enunciación de los más grandes descubrimientos, fué también saludada del mismo modo, y no ha existido un genio, un notable invento ó un entusiasta reformador, que dejase de ser considerado como loco, y perseguido por el nefando crimen de adelantarse al pensamiento de sus contemporáneos, y romper la secular tradición y conculcar los dogmatismos.

El progreso humano no es otra cosa que el resultado de aquella lucha, en la cual siempre quedó la victoria por las nuevas ideas, pues todas ellas, ó plantean una verdad ó encierran indefectiblemente el germen, que suele ser tanto más fecundo, cuanto más utópicas, cuanto más ilusorias, cuanto más erróneas aparecieron, porque el error no estaba en las ideas, sino en la manera de apreciarlas y en el vicio crónico de juzgar y conocer.

De esa lucha, de esa ley de todo descubrimiento, así en el orden físico como en el orden moral, no debía ni podía librarse el espiritismo; por eso no es extraño que se le haya atacado en nombre de la religión y en nombre de la ciencia y hasta en nombre del sentido común, cuando solo era conocido como un empirismo, diabólico según unos, ridículo y extravagante según otros. Pero desde que el espiritismo ha llegado á constituir escuela, elevando á la categoría de credo filosófico, religioso y moral, los principios fundamentales en que descansa; desde que en libros y en periódicos que circulan por todas las naciones ilustradas se han dado á conocer sus fundamentos racionales; y desde que se sabe cuánta algunos millones de adeptos, ni es prudente despreciar el espiritismo, ni es serio juzgarlo sin conocimiento de causa, ni es lógico condenarlo lanzando afirmaciones que no descansan en oportuno razonamiento.

Contrasta visiblemente la conducta de los locos que defendemos la nueva idea aceptando toda discusión á que se nos provoca, y retando á los que contradicen nuestras afirmaciones, con la conducta de los cuerdos que niegan sin fundamento alguno y rehuyen la polémica con el capcioso pretexto de que no pueden ocuparse seriamente del espiritismo. Y la conducta de estos últimos es tanto más anómala y punible, cuando se trata de personas ilustradas, de oradores elocuentes, de escritores conocidos, de hombres, en fin, que al señalar un mal, contraen el imprescindible deber de mostrar á sus conciudadanos toda la trascendencia de aquel, y nada más conducente al objeto que contestar, refutar, anonadar con todo el peso de la razón, probando que lo que proclamamos como verdades, solo son ilusiones y errores del espiritismo.

Otra consideración importante salta á la vista. El ultramontano esgrime constantemente sus armas contra aquella doctrina, atacándola, por lo que de racionalista tiene; pero afirmando la realidad de los hechos en que descansa. Ahora bien, el que de católico se precie, no puede negar los hechos espiritistas atestiguados

por la Iglesia, maestra infalible, ni puede considerarlos como producto de la ilusion; y el que por racionalista se tenga, no obra con prudencia atacando á una escuela que proclama sus mismos principios é invoca la razon hasta como fundamento de la fé.

Por eso causaba extrañeza á los espiritistas de Zaragoza, que una persona de la ilustracion del Sr. D. Desiderio de la Escosura, lanzase anatema de censura y de desprecio contra el espiritismo y los espiritistas, en una vista pública celebrada pocos dias há en la audiencia del territorio; por eso protestaron contra las infundadas apreciaciones del elocuente abogado, y por eso, al llegar á mi noticia ese incidente, me creo en el imprescindible deber, como presidente del Centro Espiritista Español, de invitar á discutir á mi particular amigo el Sr. Escosura, rogándole se sirva exponer los fundamentos de sus aseveraciones, para demostrarle en la contestacion, que no son ilusiones ni errores los hechos y las doctrinas que sustenta el espiritismo, y que la ilusion y el error únicamente están en quienes lo juzgan sin conocerlo, y sin pararse á meditar sobre la marcha que han seguido todas las nuevas ideas.

Tiene á su disposicion el Sr. Escosura las columnas de mi periódico *El Criterio Espiritista*, sin perjuicio de aceptar las de un diario de mas publicidad, esperando que quien en acto tan solemne como la vista pública de una ruidosa causa ha vertido ciertas apreciaciones sobre una doctrina, recogerá el reto, extensivo á todos los impugnadores del espiritismo, de un representante de esa doctrina, consagrado hace años á difundirla, porque despues de haberla estudiado halló en ella la luz en vano pedida á otras filosofías, y el único valladar que el espiritismo podrá oponer al pujante y desolador materialismo contemporáneo.

EL VIZCONDE DE TORRES-SOLANOT.

*
**

Los ultramontanos pintados de mano maestra.

«¿Quién no conoce en nuestros dias á esa especie de literatos-sacristanes, que offician con la pluma y escriben con el cirio; que dan consejos, que no necesita por cierto, al santísimo Padre; que son mas papas—en lo ultramontano—que el Papa; que son un poco jesuitas, dos veces frailes, tres veces clérigos y mil veces nada; que odian la imprenta y la utilizan; que odian los inventos de la civilizacion y hacen en ferro-carril sus peregrinaciones; que querrian hacer las almas de todos los hombres semejantes á las de cierta clase de beatas, almas crepusculares, de las que puede decirse que se parecen á ciertos pájaros, que no sabe uno explicarse si pertenecen al dia ó a la noche, ó ni al dia ni á la noche; que querrian volcar el mundo y ponerlo boca abajo, para colocarse ellos sobre sus espaldas, y pisotear la humanidad á su antojo; hombres sin verdadero ideal, escoria de un sistema pasado, espuma de un lodazal removido, marinos que llevan por

timon un garrote; pensadores que tienen por estrella una horca? Esos son; hélos ahí. *Ecce homines*. ¿Qué han hecho siempre? Lo que hoy. Perder lo que aspiraban á conservar. Han sido como los soldados que guardaban al Cristo muerto; le han permitido resucitar é irse. El desconocimiento del siglo, la temeridad de sus absurdos y la insensatez de sus paradojas, han hecho que las mismas gentes verdaderamente religiosas se aparten de ellos.

En lo divino y en lo humano se creen lince y describirian el cielo, como quien lo ha visitado ó como si describieran la casa del obispo, y en realidad son topos del cielo y de la tierra, del pensamiento y de la vida, que no pueden comprender el infinito, cuando desconocen lo mas tangible de lo finito, que palpan con sus manos y que amenazan con su cólera. Cualquiera que los ve, se imagina que son hombres como los demás. Poco á poco. Son muertos galvanizados, estatuas que se han escapado del rincon oscuro de la catedral donde yacian; cadáveres de carne ó cadáveres de piedra; yo no se cual de las dos cosas. Si hablan, blasfeman; si obran, destruyen. Piensan hácia atrás, como andan, segun el vulgo, los cangrejos; y lloran tambien un poco como los cocodrilos. No hay como oírlos discurrir sobre el porvenir, para sentir el deseo de pasar á mejor vida, por no ver el mundo que ellos preparan en el *delirium tremens* de su exaltacion seráfica. Figuraos el absurdo de un alma bajo la concha de un galápago, y os figuraréis algo parecido á un tradicionalista de pura raza. ¡Ah qué monstruosidades permite Dios á veces sobre la tierra!

Que son destructores ¿quién lo puede negar? ¡Y qué bien destruyen! ¡Son polillas de su propio traje, gusanos de su propio cadáver! Destruyen, mas que atacando, alabando, encomiando, exagerando. Son como esos enanos vestidos de rojo y con cascabeles, que están colocados á la puerta de ciertas tiendas: el que pasa por delante de ellas se rie del enano, del comercio, y del comerciante á veces. Bendigamos á esas gentes: son buenos soldados del progreso, en cuanto que nadie mejor que ellos des-acredita sus propias doctrinas.

¡Oh Dios de la historia, espíritu inmortal que arrojas cada dia semillas de vida en la vida universal, y que viertes por medio de tu eterno colaborador, el hombre, nueva claridad en las conciencias! Tú has regenerado á naciones moribundas: las has besado en la boca y han resucitado. ¡Que se cumplan las leyes históricas de la Providencia, y dejen de ser esos hombres rémora de la civilizacion, afrenta del progreso y obstáculo á tu misma accion de adelanto y progreso sobre la humanidad!»

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

(De *El Globo*).

*

**

UN DUELO ESPIRITISTA: Una correspondencia de Madrid de 22 de Julio último dirigida á la *Gaceta de Barcelona*, al referirse á cierto duelo concertado entre dos personas distinguidas de la coronada villa, dice lo siguiente:

«Y ahora que la cuestion de los duelos está á la orden del día, me parece oportuno referir una nueva especie de desafío propuesto hace unos meses por una persona que no dudó en nombrarla puesto que se trata de un acto que le honra. Esta persona es el Sr. Vizconde de Torres Solanot, jefe ó presidente de los espiritistas españoles. Fuera parte de ciertas estravagancias del culto exterior creo que el espiritismo tiene algunos principios muy racionales y piadosos como una de las escuelas más puras del deismo idealista. Los espiritistas no admiten el duelo. Vengamos al caso. Ocurrió una cuestion desagradable entre el hijo de una opulenta y caritativa duquesa y el referido vizconde: aquel envió á este un cartel de desafío. El Sr. de Torres Solanot lo aceptó, pero en esta forma: ó el lance propuesto era á primera sangre ó á muerte. En el primer caso, en vez de acudir al terreno cada uno con una arma para acreditar un valor estéril, debía cada uno emprender una gran obra de caridad que impusiera verdadero sacrificio: el establecimiento de un asilo, por ejemplo, la educacion de unos huérfanos, etc. . . . Los padrinos despues de realizado cada acto, estaban llamados á decidir quien habia vencido. Si el duelo era á muerte, los desafiados debian ir á un punto donde reinara una epidemia, y cuidar á los contagiados y á los moribundos hasta que uno de los dos sucumbiera víctima del azote. O si esto no era aceptado, acudir á la primer guerra que ocurriera, (entónces duraba la de Oriente) librar del servicio á un soldado que tuviera familia, y batirse hasta que uno de los contendientes quedara en el campo.

«El hijo de la duquesa no aceptó.»

El misticismo es una de las fases, la más ridícula, del fanatismo religioso. Los místicos son simplemente fanáticos ridículos, sea cual fuere la comunión á que pertenezcan ó presuman pertenecer. El misticismo se apoya en el misterio, en lo sobrenatural; y nada acontece en el universo que no sea en virtud de leyes naturales, conocidas ó por conocer. El más poderoso aliado del misticismo es la ignorancia, y sus enemigos naturales la ciencia y la virtud. El misticismo aísla al hombre; la ciencia y la virtud le hacen expansivo, comunicativo y amante de contribuir al bien de los demás.